

Tres minutos frente a Vargas Vila

Escribe: FERNAN MOLINOS

Para explicarnos el “caso” de Vargas Vila, tendríamos que remitirnos a la frase con la cual Rufino Blanco Fombona nos presenta a Juan Montalvo en Los siete tratados: “esta tierra de volcanes produce temperamentos volcánicos”.

Porque cronológica y topográficamente, Vargas Vila es una radiografía del intelectual de todos los tiempos y de todas las latitudes.

El hombre es como su tierra.

Fue Vargas Vila un hombre consumido por el trópico.

Por ese trópico histórico y volcánico que a él le correspondió vivir.

Si es cierto que el artista tiene que testimoniar su época —según Emerson— como personaje político Vargas Vila vivió intensamente el momento hispanoamericano. Como novelista, como escritor, vivió “su” momento.

A diferencia del de sus contemporáneos, el suyo no es el rostro que encontramos repetido en las plazas y los museos colombianos. Sí. No estaba su nombre predestinado para los murales de piedra. Sin embargo, Vargas Vila tiene un monumento más soberbio. El que el levantara en la conciencia de su pueblo. De su lector. Y es este un monumento de un cinetismo asombroso. En torno suyo se han tejido las más injustas y despreciables leyendas. Se le ha odiado. Se le ha amado. Y apasionadamente en ambos casos.

Era un liberal romántico. Y él lo fue radicalmente. Nos lo imaginamos dando estocadas contra imaginarios molinos que no se inmutaron nunca ante su presencia. Estaba contra todos. Su posición bien podía ser la del frustrado social. La del inconforme. Era un hombre que pertenecía al común del pueblo americano. De esta raza que a diario asesina la revolución con la primer dentellada sobre el pan. De estos pueblos que viven continuamente en transición. Por eso el pueblo tenía que identificarse con él.

Pero todo en él era ficticio. Su ostracismo no era nada más que producto de su narcisismo. De esa sensación que le embriagaba sabiéndose odiado. Y es cuando pensamos en un Vargas Vila masoquista, queriendo recibir sobre su coraza las lanzas de enemigos imaginarios.

No era Vargas Vila un hombre que viviera con el vulgo, pero pensaba con el vulgo. Y el supo especular esta posición.

Panfletario lo fue. Y si acaso sus lanzas no estaban enristradas con el aplomo y la elegancia de las de un Montalvo o de un Alfredo L. Palacios, sí eran lacerantes, como para abrir certeras heridas en el pecho de sus adversarios. Panfletario lo fue y único en su género.

Y la época ¿no era acaso una de las más turbulentas de la política americana? Era el instante en el cual nuestras repúblicas se debatían en las más deshonestas contiendas. Entonces dábamos los primeros pasos democráticos.

Radical, Vargas Vila no estaba con nadie. Él era la república misma. La encarnación de la libertad.

¿Y Venezuela, el Ecuador y la Argentina no vivían los mismos ardores? ¿Y Blanco Fombona, Montalvo, Mariategui y Palacios no fueron testigos de esa evolución? He allí la posición histórica de Vargas Vila.

Para los que nacimos al límite de la segunda guerra mundial Vargas Vila es un personaje distante. Casi una leyenda. Es el escritor vetado por "los cultos" y la iglesia. Y se nos amenazaba con excomunión si nos atrevíamos a adentrarnos en alguno de sus abominables libracos.

En nuestro país de pontificados y de mitos, Vargas Vila logró crear la literatura del efectismo.

El adjetivo es en sus manos un arma de poderosos destellos. Todo en sus obras lo domina el adjetivo. Este en sus panfletos es agudo, agudo como una hoja de cuchillo oriental. En sus elogios es altisonante, tiene la fuerza de la convicción.

No fue un gran novelista. No podía serlo. Sus personajes no reciben ese buceamiento síquico que logran en manos de un novelista experto. Los protagonistas de sus obras son seres desbordados. Con tales personajes es imposible sostener una acción novelística hacia un desenlace meritorio. De repente corta la acción con languidecientes divagaciones sobre sus pensamientos filosóficos. Este recurso de tan excelentes resultados en los novelistas modernos, queda fallido en Vargas Vila.

El no tenía tiempo de escribir bien. Tenía que escribir "bonito" para ese público que devoraba las entregas periódicas que de sus obras hacía la Sopena. En sí, Vargas Vila era un escritor de oficio. Su ambición ilímite le arrastraba a escribir como una máquina. No podía ser un buen novelista. Sus obras bien pueden resumirse en un volumen de mal gusto. Su obscenidad no es nada más que un recurso efectista. El tabú del sexo. Ese tabú al que nuestro pueblo está acostumbrado.

Su estilo no es el estilo directo que atraviesa rápidamente la retina de quien le lee. No. Su prosa es una sucesión de frases en tonos claro-oscuros. Quizás la mayoría de sus lectores no le ha entendido nunca. Pero el pueblo gusta de levantar monumentos a quien se burla de él. Y eso fue Vargas Vila, un bufón de nuestra literatura y de nuestra historia. Supo especular con la ignorancia de su pueblo.

No hay colombiano que diga, cierta o ficticiamente y con un poco de orgullo, que ha leído *Aura* o *las violetas*, *Lirio rojo*, etc., etc. Hasta la más santa de nuestras beatas ha confesado con rubor que se ha deslizado por alguna página "del negro Vargas Vila".

Tan borrosa es su identidad, que muchos se preguntan si es colombiano, y hay quienes aseguran que nació en un pueblito de la costa y que naufragó en el atlántico.

Los que le conocieron y le trataron jamás le perdonaron su grandeza, real o falsa, pero al fin grandeza.

Manuel Ugarte nos habla de un Vargas Vila engreído y petulante. Luis Alberto Sánchez, para mí el más objetivo de sus críticos, nos dice de un Vargas Vila obsesionado en ese inmenso *yo* de que tanto hacía gala. Rubén Darío nos describe un Vargas Vila humano, todo lo contrario de aquel "divino" que crearon sus fanáticos y que él tan bondadosamente ayudó a vivir.

Nadie le perdonó su petulancia, pero el artista tiene derecho a valorar su obra. Y Vargas Vila la valoraba en los dividendos que sus novelas le producían. Podía ser petulante como pocos de sus contemporáneos.

Si de él hubiere dependido, sus libros no se habrían editado en una imprenta. No. Sus ediciones se hubieran hecho en las canteras del mármol italiano.

Se habla ahora de hacerle justicia al nombre de José María Vargas Vila. Nada más injusto. La grandeza de Vargas Vila consiste en su pecaminosidad.

Si se le hiciera la justicia que muchos están pidiendo le daríamos gusto a Vargas Vila, y estoy seguro que él sufriría a muerte con este atropello.

Escribió novelas para los sastres y los carpinteros. Las sirvientas y los estudiantes pobres. Ese es su pueblo. El pueblo que puede comprar ediciones baratas.

Si se le levantarán monumentos y se le leyera en las escuelas nos quedaríamos sin el primero de nuestros "malditos". Sería lo mismo que el Vaticano publicara las obras completas de Voltaire. No le podemos hacer ese daño a Vargas Vila y al mismo tiempo complacerlo.

Fue en fin Vargas Vila, un niño travieso de nuestra literatura. Porque a pesar de todo y de todos, él domina una gran etapa de nuestras letras, de nuestra cultura.